

# Háblame de Claudia

Maribel Álvarez

ALEJANDRÍA NARRATIVA



oblatuas.

*Después de que su hijo Marcelo haya sido encarcelado en Quito por tráfico de drogas, Natalia decide atender su llamada, ir a visitarlo y ayudarlo con su defensa pese a las reticencias que tiene en un principio, harta de su comportamiento irresponsable. En España, Natalia deja a su nieta Claudia, dolida por el abandono de su padre, y a Alfredo, su marido.*

*Una vez allí, Natalia descubre aspectos dormidos de sí misma gracias a Ívaro, un hombre maduro que conoce en una cafetería.*

*Háblame de Claudia es una novela relatada con un estilo exquisito que ahonda de manera igualmente acertada en la problemática social de los encarcelados en Ecuador y en las relaciones de una familia desestructurada.*



# Háblame de Claudia

## Maribel Álvarez

[www.edicionesoblicuas.com](http://www.edicionesoblicuas.com)

*Háblame de Claudia*

© 2015, Maribel Álvarez  
© 2015, Ediciones Oblicuas  
EDITORES DEL DESASTRE, S.L.  
c/ Lluís Companys n° 3, 3° 2ª  
08870 Sitges (Barcelona)  
info@edicionesoblicuas.com

ISBN: 978-84-16341-21-4

Colección Alejandría Narrativa, n° 67

Primera edición: enero de 2015

Diseño y maquetación: Dondesea, servicios editoriales  
Ilustración de cubierta: Héctor Gomila

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, así como su almacenamiento, transmisión o tratamiento por ningún medio, sea electrónico, mecánico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el permiso previo por escrito de EDITORES DEL DESASTRE, S.L.*

[www.edicionesoblicuas.com](http://www.edicionesoblicuas.com)

¡Imbécil, imbécil, es un imbécil! —gritó Claudia cuando le tuvimos que decir que su padre estaba en la cárcel.

Gritó muchas noches.

Durante mucho tiempo.

Cuando recibí aquella primera carta..., cuando me dijo: Mamá, estoy en la cárcel. Cuando gritó: ¡Mamá! ¡Ayúdame! Yo le dije: no. Resistí su relato desgarrador, su arrepentimiento, sus promesas, su exigencia encubierta.

No. Esta vez, no.

Me volvió a escribir y yo ya me tomaba hipnóticos por las noches.

Habían pasado tres meses.

Volví a contestarle: no.

Cuando la pastilla del sueño no me produjera ningún efecto sabría dónde encontrar el remedio.

Hoy es jueves. Los martes y los jueves de cada semana mi nieta Claudia viene a comer conmigo. Llevo tiempo sin saber cómo evolucionan sus heridas. No me deja que les ponga bálsamo, ni alcohol, que, aunque escuece, cura. ¿Aguardaré a que ella me lo pida...? O caeré en la tentación de la pregunta angustiada..., de la palabra a medias..., de la inducción al tema...

La voy cercando con cosas que le gustan, por eso me decidí a recoger un perro. Esa es la razón de tu cambio de destino, Pizca. Sí, te llamaré Pizca porque estás confeccionado de restos; pero qué guapo eres. Te educaré como un perro normal y yo actuaré como un ama normal. Los dos solos. Y no pienso malcriarte. En el sofá, ni hablar. Pero esmérate con Claudia, Pizca, porque ahí residirá parte de tu poder en esta casa. Cuando conozcas a la niña, si de ver-

dad tu inteligencia es tan superior como me han asegurado, sabrás que le debes dedicar más amor a ella que a mí. Te la presto por una temporada, hasta que ella sane, mientras se debate entre dejar paso al odio para siempre o dejarse caer en alguna blandura.

¡Ay, Pizca, cómo me miras!

Había preparado para las dos una comida que sé que le encanta. Salmón ahumado, mucho, con mucha mantequilla y pan tierno. Solas. En la mesa de mármol al lado del laurel hasta donde sube el olor de la mimosa florida del jardín de abajo. Parezco un amante preparando el asalto al poder.

Nos pusimos a comer enseguida. Yo sentía una gran pena por no poder contarle que había hablado por teléfono con su padre, por no poder explicarle que lo consumen las ganas de hablar con ella, pero debe de salir de Claudia el deseo de llamarlo, le repito con insistencia a mi hijo; déjala tranquila, ten paciencia, puede tardar en decidirse a dejar que los deseos de oír tu voz sean superiores a su rabia. Es muy pequeña para soportar el golpe. Déjala, aguántate.

Mientras fluían dentro de mí todos estos argumentos, me doy cuenta de que Pizca la ha acaparado. Claudia ríe a carcajadas y Pizca exhibe todo su encanto de perro simpático. Casi siento rabia contra el perro, pero como si adivinara mi pensamiento, me clava sus ojos de aire caliente y le vuelvo a repetir: Ay, Pizca, cómo me miras.

Me uno a sus juegos. Nos abrazamos. Nos reímos. A Claudia le arrebató de la mano un trozo de salmón y ella encoge su cuerpo, se dobla, para soltar la carcajada. Llevaba tanto tiempo sin expresarse así que me estremezco de alegría. Sigue enzarzada en sus juegos con Pizca. Sí, Naia, me encanta. Claro que cuidaré de él. Vete pronto de viaje. Que se vaya, ¿verdad, Pizca? y nos deje solos. ¿Te acuerdas de Chulo, Naia? Papá me lo regaló un día después de mi cumpleaños. Me dijo que no se le había olvidado la fecha, que la culpa era de aquél maldito calendario que atrasaba, que a él jamás se le podría pasar por alto una fecha seme-

jante. Ya sé que era una trola muy gorda y que solo se la podría tragar una niña pequeña, pero Chulo era tan guapo. Me dejó dormir con él aquella noche.

Me habla de Jordi y de que estarán los dos muy ocupados con la huelga del stop al hambre en África. Son tan pobres, Naia, en esos países, y a nosotros nos sobran tantas cosas. Sí, el profesor de ética nos lo explica. Se pone seria. Frunce los labios y se le distingue la pequeña cicatriz de la barbilla.

Claudia es satinada y bajita.

El jardín, al cruzarlo ella, se rompe como un papel de envolver regalos. Me envía un saludo al cerrar la cancela. Al bordear la valla sólo sobresale su pelo y el penacho de la mochila. Verde, violeta y rubio. Está tan guapa. Acaba de cumplir catorce años y me ha enseñado un granito ridículo en la mejilla. Huele a libreta y a mujer. A tiza y a perfume. A sexo y a candor.

La adoro.

—¿Qué dices?! ¡¿Qué?! ¿Cuántos años, Marcel? Repíteme-lo más alto que no te oigo apenas.

—Nue...

—¿Cuántos? ¡Grita! ¡Grita! No te entiendo, Marcel.

—¡Mamá! ¡Mamá!

—Marcelo, Dios mío, telefonista, por favor, se ha cortado la comunicación con Quito.

—Intentaré restablecerla. ¿Con quién hablaba?

—Con Marcel Rosás.

Por fin pudimos hablar, pero al cabo de dos semanas. Me confirmó la sentencia. Nueve años.

Decidí, entonces, volver a Ecuador.

Tomo un avión a Madrid espantosamente temprano. Allí tres horas de espera antes de embarcar con destino a Quito. Escala de una hora en Bangor. El piloto anuncia que estima la duración del vuelo en siete horas y media hasta el primer destino, y que buen viaje.

Empieza el trajín de las azafatas. No se puede dormir. Tampoco me concentro para leer, así que, cierro los ojos e intento descansar, pero la cabeza se pone terca y me lo impide.

Marcel y yo llevamos dos años y medio sin vernos. Dos años y medio desde mi anterior visita a Ecuador. Ha cumplido tres años de condena. No conozco el nuevo penal al que lo han trasladado, pero no se me olvidará nunca cómo era el centro de preventivos.

Recuerdo mi extrañeza porque en el hotel no supieran darme la dirección y de que me miraran con cierto estupor, así que salí a la calle y en el primer despacho de prensa me paré a consultar. Había decidido ir en autobús o por cualquier otro medio que no fuera un taxi. Quería llegar al penal como las demás mujeres.

Tomo la línea Batán-Colmena y le digo al conductor que por favor me avise al llegar al penal. No me contesta. El billete cuesta unas diez pesetas al cambio. Huele a lana y a humo limpio. Todos indios o medio indios. Serios, hoscos, diría. Me acomodo. Se me clava un muelle del asiento. El respaldo había perdido el tapizado y se le salía el crin. Me ajusto al espacio como puedo y me dejo extasiar por la ciudad.

El centro penitenciario está ubicado en la parte alta de la zona antigua. El autobús renquea por unas calles tan empinadas que creo que le resultará imposible seguir y que nos caeremos hacia atrás. Va ennegreciendo las fachadas a impulsos de gasóleo quemado. Se tambalea, pero sigue. Atravesamos por una zona de monumentos coloniales impresionante. Día lluvioso. Las gotas se deslizan despacio, se entretienen. Cuando llegan al suelo se amasan con la sucie-

dad. Contemplo a las indias. Todas con su fardo a la espalda. Dentro un niño. Hay mucha gente en el autobús pero no habla nadie. Por fin avisa el conductor: El penal. Nos bajamos casi todos y los sigo. Como había supuesto, la comitiva se compone prácticamente solo de mujeres.

El edificio da directamente a la calle. Por fuera, vendedores ambulantes de comida y al lado, en enormes montones, desperdicios en descomposición; todo pegado contra los muros del penal. Los más pobres de entre los pobres hurgan en busca de algo. Me avergüenza sentir náuseas. Me pongo a la cola. Primero me equivoco y me dirigen entonces hacia la de mujeres. En un pasillo estrecho al aire libre me quedo emparedada entre la barriga de una negra y las cinco sayas de una india de cutis moteado. Ni una palabra. Ni un gesto. Sólo aleteo de cadenas. Graznido de niños.

El guardia que franquea el portón da paso a cuatro o cinco personas a la vez. Cada diez minutos la cola se pone en movimiento. Se adentra en el recinto. Noto unas ganas incontenibles de orinar.

Movimiento de carritos. Crujido de azafatas. Nos sirven el aperitivo convencional de los vuelos chárter; diez gramos de cacahuetes tostados y un vaso de anaranjada. El asiento al lado del mío se encuentra libre y eso me permite algún movimiento extra. A pesar de ello me siento aprisionada y con síntomas de asfixia. Recapacito: Barato. Ha sido barato. Resígnate, Natalia.

Se abre la tienda libre de impuestos y consulto, por curiosidad, lo que cuesta un perfume. El asombro me atraganta.

Todo para Marcelo, lo mejor para Marcelo, el mejor colegio, el mejor barrio, la mejor educación, lo mejor de lo que yo pudiera darle. Cuando tenía veintitantos años y una hija,

me reprochó que no había estrenado jamás, comprados por mí, unos tejanos de marca. Arrogante, guapo, rubio e hijo único sólo de madre.

Vamos a ir a vivir a un sitio que te gustará muchísimo, mi vida. ¿Un sitio con jardín, mamá? Sí, un sitio con un jardín para que juegues hasta que te canses. De eso no me canso, mamá. Bueno, crecerás, supongo.

Empecé por entonces el trabajo en la agencia inmobiliaria. Marcel ya había cumplido doce años y le había enseñado a calentarse la comida, a comprar lo que necesitáramos urgente, a limpiar su habitación y a esperarme. Nos dejábamos notas del lugar donde nos podíamos localizar con los teléfonos para comunicarnos. Será un chico sensacional. A su disposición todo lo necesario; inteligencia, salud, estabilidad y medios suficientes para conseguir una buena preparación.

El año que cursó el preuniversitario empezó el problema. Los porros, mamá, son menos nocivos que el tabaco. Un canutito para ponerme a gusto, para disfrutar de la música llegándole mucho más adentro, ya estudiaré mañana, no seas plasta, que dispongo de tiempo más que suficiente, no me agobies, a ti también te sentaría de perlas una caladita. Sí, las chicas lo mismo, te estás quedando anticuada, madre. Déjame dormir, ya lo haré mañana o pasado, qué importa, tranqui, ahora quiero paz, estoy de coña, no me acoses de esa manera.

Durante los días siguientes, nada. Luego, vuelta a empezar.

Se quedan a vivir aquí unos días, sí, porque ellos no tienen dónde y a nosotros nos sobra sitio. Hay que compartir, no seas tan burguesa, las conductas han cambiado y ya no me sirve ese ejemplo estirado, convencional y clasista que tú representas. Ya nos prepararemos nosotros la comida. Sí, de los platos respondo, qué martirio con esa manía de la pulcritud. Cualquier cosa para zampar, no sé, el caso es quitarse el hambre, ya compraré algo o le pediré las sobras al

del súper, tú déjame un poco de guita y de lo demás despreocúpate. Son sólo tres, una chica y dos chicos, y sí, claro que pueden dormir todos en dos camas. Qué carca me estás saliendo, madre. La vida es otra cosa. Somos hijos-hermanos de esos hippys que han revolucionado el mundo. ¿Qué ya están pasados? No me insultes. Qué más quisieras. Mira el mundo a través de ellos, obsérvalo, y no te verás en él. El tuyo, madre, se me está empezando a revolver lo mismo que el de la universidad, con los chulitos de los profesores exhibiendo su autoridad de mierda. Para qué quiero ese mundo, si está empezando a representar lo que más detesto. El orden. Qué orden. Mi orden. El de los colegas para compartirlo todo con ellos, con ellas, mujeres de todos, hombres de todas, hijos de todas.

Marcel... Marcel...

No me hables de carrera, de boda, de trabajo, de hijos, porque vomitaré ahora mismo. ¿Qué tú no me hablas de eso?, vamos, chica, si lo llevas impreso en la frente, no son necesarias las palabras. Normas, horarios, responsabilidad. Olvídalo, guapa mía, esa será tu forma de vida, pero no es la mía ni la de los míos que somos legión. Llegamos a todos los puntos del planeta, sin fronteras, sólo con amor se alcanzan los universos. Te lo estás perdiendo, tú y toda esa manada de viejos empachados de disciplina, estrictos hasta la asfixia. Pero ahora hemos tomado el relevo del mundo. Le hemos lavado la cara y el culo para que no recuerde para nada el olor de lo anterior. Nuestros culos purísimos, jóvenes y que se asientan sobre la paz. Amor, amor, mamá, y no me refiero a que te revuelques con tu Alfredo la noche de los sábados. Es el amor de todos los coños del mundo con su vagina infinita penetrada por el dios infinito de todas las pollas de todos los hombres jóvenes, amantes, dulces y sabedores de las esencias más puras.

Ya sólo existía el discurso que cada vez resultaba más confuso e irreal, más perdido en unos valores inventados para darse satisfacción a sí mismo. Yo ya no lo contradecía

porque el diálogo se había acabado. Me quedaba darle una pequeña tregua antes de echarlo de casa.

Qué importa si el padre las inicia en el sexo, y las madres a sus hijos. ¿Qué eso ya no te lo crees? Mamá, ¡por Dios! Qué pena me da de ti. Nos estamos perdiendo, nos alejamos uno de otro de tal forma que ya no te reconozco apenas, no sé quién eres, ni por qué te arrogas el derecho de entrometerte en mi vida que es mía.

Dependes todavía de mí...

Qué suerte que me haya tocado vivir ahora, qué ahogo tan espantoso estar dentro de tu piel, de tu cerebro encaprichado en pagar, cumplir, respetar y querer con la medida exacta y dentro de una norma social que te tranquiliza, pero que no te cala ni hasta la segunda capa de piel. Hipócrita. Mamaíta hipócrita. Te invito a que te cures. Toma. Bébeteme mis flores, chúpalas. Frótate con ellas. Flores de marihuana para endulzar los cuerpos vírgenes, las mentes vírgenes. Este es el mundo en el que vivo. Sé feliz, mamá.

Marcelo y yo dejamos de vivir juntos.

Los setenta finalizaban.

Yo ya no lo conocía.

Cuando se fue de casa ya se había enganchado al caballo.

Después de ocho horas largas aterrizamos en Bangor. La temperatura exterior es de veinte grados bajo cero, pero la sala de tránsito mantiene un ambiente agradable. Doy unas vueltas por los inevitables establecimientos de los aeropuertos con sus inevitables ceniceros como recuerdo del país. Llaveros, camisetas. En todos los lados igual. Sólo varía el estampado.

Cambia la tripulación y el nuevo piloto nos anuncia otras ocho horas hasta destino y nos desea buen viaje. No puedo contener un resoplido de cansancio. Cuando llegue a Quito

habrán transcurrido veinticuatro horas desde que salí de Barcelona.

Cuando pasee por la calle Amazonas donde venden sus prendas los indios otavaleños, le compraré a Gloria el gorro que me encargó; de lana con sus llamas dibujadas y orejeras con lazo para atarlo debajo de la barbilla. Sí, cariño, ¿de qué color? Gloria tiene la tez color caramelo, sin sombras, el cabello a juego, lo mismo que los ojos. Qué suerte para ti haber heredado el código secreto del candor. Sí, tu padre es candoroso, Gloria. A Simón no se le ha empañado el ángel. Él solo educando a una hija y a una nieta de la misma edad, y las dos sin madre. Cómo te admiro, Simón. Las niñas no se parecen físicamente entre sí, pero está en las dos la fuerza de Simón; la generosidad, el amor. También el mismo hueco para la muñeca sin ojos. También el mismo secreto entre alientos de chiclé.

Algunas veces siento remordimientos de conciencia por no haberme hecho cargo de Claudia, al menos, y por qué no de Gloria, pero lo arrinconó en el departamento de cosas dolorosas por analizar. Siempre es mejor lo que sucede solo, por sí mismo, sin intervenciones manipuladoras, dice mi amiga Pepa, experta en cursos de crecimiento personal, meditación y filosofía de todos los orientes. Menos filósofo, Alfredo, cuando le menciono en alguna ocasión mis inquietudes, me dice que estoy loca.

Cuando nació Gloria el alborozo fue tremendo. Magda ya había cumplido cuarenta y cinco años y Simón más de cincuenta, a la vez, su hija única hasta entonces se encontraba en el último periodo de su embarazo. Pronto nacería Claudia. Magda con su hija; Magda con su nieta; Elena con su cría, decía. Qué maravilloso pudo haber sido.

Un buen baño. Eso es lo que necesito para ayudarme a conciliar el sueño. Espero que no me entre la histeria de los momentos de cansancio porque entonces mañana me

transformaré en una ruina histórica y me pondré más histórica todavía pensando en que no estaré en mi mejor momento para ir a ver a mi hijo.

La abogada. Tendré que entrevistarme con la abogada. Me enfrentaré a ella.

No se preocupe, Natalia, me había dicho el oficial de la Embajada Española cuando le pregunté por un abogado al menos medio honrado para la defensa de Marcelo. Esta señora que le recomiendo es de lo mejor que conozco, además es madre, y con eso está dicho todo. Yo pensé que para mí no quedaba dicho nada pero me callé y seguí sus instrucciones. No había otra abogada a la que me pudiera dirigir en la capital, así que, qué remedio. Había intentado a través del Colegio de Abogados de Barcelona que me dieran referencias de algún titulado al que poder acudir, pero no disponían de información alguna sobre los profesionales de Quito. En el Consulado de Ecuador en Barcelona tampoco fueron capaces de recomendarme a nadie, eso sí, la advertencia de que la corrupción era norma, y de que fuera con mucho cuidado.

La letrada elegida me dijo que la llamara Lorena porque su nombre no le gustaba. Nada más entablar la conversación me exigió el pago en dólares. Se lo debía de enviar a nombre de su marido, español, para poder recibirlo en esa divisa porque, como ecuatoriana, el gobierno no le permitía el cobro más que en sucres. En sucres, la minuta era una fortuna. En dólares también.

Cuando terminamos de ajustar los plazos de las tres entregas de dinero, me expuso su estrategia.

Lograré que su hijo salga libre. Verá. Voy a pedir que se le considere cómplice involuntario. Aunque él llevaba la maleta con la droga, su compañero declaró a la Interpol que Marcelo no sabía que la maleta contuviera dos kilos de cocaína, que él creía que llevaba sólo la artesanía que habían comprado para vender en España. Marcelo justamente descansaba esos días en la playa de Esmeraldas a trescientos